

EL VIAJE DEL CONEJO

Care Santos



I. HOJA DE RUTA

Lola se aferró a la maleta antes de echar un último vistazo a su aspecto en el espejo del recibidor. Todo le pareció correcto: el día antes había ido a la peluquería y volvía a tener el pelo de color caoba intenso. Llevaba manicura y pedicura casi nuevas. Se había maquillado con la discreción que convenía a sus muchos años. Estrenaba broche: un tulipán de plata prendido en la solapa del chaquetón de color lavanda. Se otorgó a sí misma un aprobado. Una mujer nunca se arregla tanto como cuando ha quedado con otra mujer. Y en esa ocasión no era una, sino tres mujeres. Sus amigas de toda la vida. Las mismas que conoció en el internado de las monjas cuando eran unas niñas. Hoy todas superaban los ochenta.

Ya estaba a punto de salir cuando sonó el timbre y era su hija, Lolita, más arreglada de lo normal y con el pelo más corto que nunca, que sostenía con las dos manos la jaula del conejo Demócrito, su mascota.

—Hola, mami —la saludó con un beso breve en la mejilla, antes de entrar con decisión en la que nunca había dejado de considerar su casa—. ¿Verdad que

no te importa quedarte con él unos días? —dejó la jaula con el animal sobre la mesa de la cocina y volvió sobre sus pasos.

—Tengo planes —murmuró ella, dispuesta a contarle a su hija el extraño viaje que estaba a punto de emprender, invitada por una productora de Madrid a participar en un programa de máxima audiencia en calidad de amiga de la infancia de una diputada de la que nadie se acuerda.

Pero la hija no escuchaba. Prosiguió, con gesto impaciente:

—Solo hasta el domingo, porfa. Es muy bueno, ya lo sabes. Aquí tienes heno, el bebedero y su colirio. Otra vez tiene conjuntivitis, pobrecito, tienes que ponerle gotas cada ocho horas. Ah, y ya sabes que le gusta pasear al anochecer, pero por dentro de casa —se acercó a la mejilla de su madre y en un susurro que pareció un beso añadió: —Por fin he conocido a alguien especial. No puedo irme de escapada romántica con un conejo. Lo entiendes, ¿verdad? Sal al balcón y nos verás, así me dices qué te parece —y al separarse, de nuevo el tono festivo para añadir: —¡Te lo compensaré, mami, lo prometo! ¡Te quiero!

Y sin concederle la oportunidad ni el tiempo de negarse, Lolita desapareció dando un portazo.

Tal y como acababa de pedirle la hija, Lola acudió al balcón y apartó las cortinas, procurando ser discreta. Vio un cochazo negro de marca, y al volante intuyó la presencia de un hombre joven, enfundado en unos pantalones y un suéter oscuros. Le pareció más apuesto que el golfo idiota de su exyerno y, desde luego, de mejor posición económica. Luego vio a Lolita acercarse al coche trotando, y por un instante reconoció en ella a la niña siempre alegre que hace tanto dejó de ser. No había vuelto a verla desde que el golfo idiota la dejó por otra. Cuánto la echaba de menos.

Esperó a que el coche arrancara y se acercó a la jaula de Demócrito. Dormía: una bola de pelo que respira. Demócrito era un conejo Rex de color canela. Tenía dieciséis años, exactamente cuatro más de los que auguró que viviría el encargado de la tienda donde lo compró. Fue un regalo de cumpleaños para una Lolita preadolescente con problemas de sociabilidad, cuyo psicólogo consideró oportuno que adquiriera la responsabilidad de cuidar ella sola de algún animalito. Demócrito y Lolita se adoraron desde el primer momento. Y lo seguían haciendo a pesar del tiempo transcurrido. De los problemas de sociabilidad de la preadolescente no quedaban rastros visibles en la adulta. También la tienda de mascotas había desaparecido hacía mucho. Como tantas

otras cosas. Como Andrés, su marido, que antes de que se lo llevara un cáncer que no tuvo tiempo de aceptar bautizó medio en broma al animalito.

—Demócrito, por el padre del atomismo —dijo, porque acababa de llegar de un congreso de físicos cuánticos donde se había hablado mucho de los orígenes.

Ahora Demócrito era la evidencia viviente de que en aquella casa se conocieron otros tiempos. Así es la vida: las personas y las cosas pasan, pero sus consecuencias tardan más en desaparecer.

Entró un mensaje en el grupo de whatsApp que Lola compartía con sus tres amigas. Lo enviaba Marta:

«¿Dónde estás? Nuestro tren sale en media hora y las niñas y yo comenzamos a ponernos nerviosas».

«Las niñas» eran Olga y Nina. Hacía más de cinco años de la última vez que quedaron para tomar café.

Lola conectó la alarma, dio dos vueltas a la llave, agarró con una mano la maleta y con la otra el transportín de Demócrito y salió a la calle con la intención de detener al primer taxi que pasara.

II. UNA DECISIÓN FORZADA

Cuando Lola y Demócrito llegaron a Sants, las tres amigas estaban ya con los nervios destrozados.

—¡No contestas a los mensajes! ¡Y faltan solo diez minutos para que salga nuestro tren! ¿Dónde te habías metido? —incredó Marta.

Nina se asomó al transportín, extrañada.

—Por Dios, Lola, ¿qué llevas ahí? ¿Es un ser vivo?

Lola no tenía ganas de dar explicaciones. Solo dijo:

—Vamos. ¿Por dónde es?

Nina, autoproclamada líder del grupo, echó a andar en dirección al control de seguridad, blandiendo con una mano los billetes de AVE que los de la productora mandaron a su correo. Con la otra mano empujaba una maleta diminuta de color fucsia.

Pasaron frente a una chica de uniforme que revisó con rapidez sus billetes antes de detenerse en la cola del escáner. A Nina le halagaba que hombres jóvenes y apuestos, a quienes ella les miraba el culo, la ayudasen a colocar la maleta en la cinta. En cuanto tenía ocasión se esforzaba por encontrar alguno, a quien pagaba con sonrisas que ya nadie interpretaba como un coqueteo, aunque lo eran. Olga la regañó.

—Eres una vieja verde. Compórtate, ¿quieres?

—Los bolsos, también —dijo el guardia de seguridad que custodiaba la entrada de la cinta—. Y los abrigos, señoras.

—¿El abrigo? Pero, ¡se va a ensuciar! —protestó Olga.

—Póngalo en una bandeja —insistió el guardia.

Olga obedeció malhumorada.

—¿La tintorería me la pagarán ustedes?

El conejo fue el último en pasar.

—¿El animal tiene los papeles en regla, señora? —preguntó el primer vigilante.

—Sí, sí, por supuesto —se apresuró a responder Lola, deseando con todas sus fuerzas que entre las cosas del conejo hubiera algún papel, alguna cartilla sanitaria, lo que fuera.

El segundo vigilante de seguridad, el que revisaba con ojo experto las tripas de los equipajes, estiró el cuello para acercarse a la pantalla y después de un par de segundos preguntó:

—¿De quién es el gato?

—No es un gato —contestó Lola—. Es un conejo. Y con gusto se lo enseñaría, pero he llegado tarde y solo tenemos diez minutos para no per...

—Un conejo no puede viajar en el AVE, señora. Tendrá que dejarlo.

Lola se quedó petrificada de espanto.

—¿Dejarlo? —susurró—. ¿Dónde?

—Y yo qué sé. Pídale a alguien que lo recoja. Una hija, una amiga... Quien usted quiera.

Lola meneó la cabeza, confundida. No tenía tiempo de contarle a aquel hombre que nada de aquello era posible. Tampoco podía irse sin Demócrito.

—Mírelo, por favor. Es un bicho muy tranquilo. Un anciano, como nosotras. ¿Quiere saber cuántos años tiene? ¡Dieciséis! ¿Sabe lo que son dieciséis años para un conejito? ¡Es como Matusalén! Se pasa el rato durmiendo. Le prometo que no dará problemas. No le perderé de vista. Haga una excepción, por favor.

Pero el hombre no estaba para excepciones. Ni siquiera apartó los ojos de la pantalla para decir:

—Lo siento, señora. Se puede viajar con gatos, perros, hurones o aves que no sean de corral, pero no con conejos. El bicho tendrá que quedarse.

—¿Hurones? ¡Menudo disparate! ¿Puedo llevar un hurón pero no un conejito pachucho? ¿Quién piensa estas cosas?

El vigilante se encogió de hombros.

—¡Esto es absurdo! —Lola estaba cada vez más indignada.

Se volvió hacia sus tres amigas, que la miraban entre el espanto y la desolación.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Olga.

—¿A quién se le ocurre traer un conejo? Déjalo ahí y vámonos de una vez —zanjó Nina, alzando la voz un poco más de la cuenta.

Lola negaba con la cabeza:

—No puedo dejarle.

No tenía tiempo para pensar qué hacer con Demócrito. Menos aún para hacerlo. De modo que Lola entendió que la decisión debía ser suya y debía ser drástica:

—Marchaos vosotras. Yo ya me espabilaré. Nos vemos en Madrid, chicas.

Olga y Marta trataron de protestar, pero Nina pareció aliviada.

—¿Y qué le decimos a la chica de la productora? —preguntó Olga—. No podemos ir a la tele sin Lola.

Lola salió en su ayuda, porque Nina comenzaba a desesperar de nuevo:

—¡Y no lo haréis! Ya os he dicho que nos vemos en Madrid. Hablaré con alguien, me iré en el siguiente tren, buscaré otro medio de transporte, lo que sea, ya se me ocurrirá. Pero ahora marchaos o vais quedaros aquí también vosotras.

Hubo despedidas apresuradas y cargadas de emoción ante el rostro impenetrable del guardia de seguridad, que seguía haciendo su trabajo como si nada. Demócrito dormitaba, ajeno a todo el lío que había generado.

Luego las tres amigas, capitaneadas por Nina, se alejaron en dirección a la vía dos, de donde seis minutos más tarde salió el tren con dirección a Madrid Puerta de Atocha.

III. TRES CHICAS EN TREN

El viaje en tren de las octogenarias Olga, Marta y Nina transcurrió entre la modorra, las visitas al baño y las consultas al whatsapp del grupo, donde iban llegando los mensajes de Lola.

«¡Voy a denunciar a Renfe! ¿Quiénes son ellos para decidir lo que es una mascota y lo que no lo es?».

Al cabo de un rato:

«Me voy al aeropuerto. Compraré un billete para mí y para Demócrito. Esta tarde estaré con vosotras en el hotel.»

—¿Demócrito es el conejo? —preguntó Olga, abriendo mucho los ojos.

—Desde que murió Andresito, Lola se ha vuelto aún más rara.

Marta le recriminó:

—No le llames Andresito. Era un hombre hecho y derecho. ¿Cuántos tenía cuando murió? ¿Cincuenta y dos?

—Es que no lo puedo evitar. Parece que le estoy viendo la noche en que nació la niña, en la clínica. ¿Os acordáis? ¡Era un crío!

—Un crío enamorado de su madrastra.

—Y la madrastra de él.

Se quedan un minuto en silencio, como si necesitaran rendir homenaje a aquella extraña historia de amor que todas conocieron, porque de algún modo floreció durante una cena que compartieron hace ya más de tres décadas, y que terminó con Lola en la clínica pariendo a la hija de su primer marido, recién fallecido, y con Andresito, el hijastro, presentándose allí para dejarlas a todas con la boca abierta. Él era un jovencito de apenas veinte y ella una viuda reciente de cuarenta y cinco. Ha llovido.

—¿Y os acordáis de la boda? —salta Nina—. Qué bien nos lo pasamos.

Olga no recuerda haber disfrutado mucho. Por aquella época estaba de morros constantes con su marido, el doctor Benito Pardo.

—Julia no vino —dice—. Como siempre.

—Julia estaba muy ocupada entonces —justifica Marta—. Trabajaba a todas horas. Fue su primera legislatura como diputada.

—La primera de ¿cuántas? ¿Tres?

—Seis —corrige Marta—. Toda una veterana. ¡Menudo carrerón!

—Otra que es muy suya —Olga levanta los ojos hacia el techo gris del vagón—. A mí me parece que se avergüenza de nosotras.

Marta piensa. Sabe que Julia detesta la vida social. A veces se pregunta si hay cosas que no tienen cura, por años que pasen, pero suele llegar a la conclusión de que la infancia que compartieron en el internado de las dominicas queda demasiado lejos para tener ningún influjo sobre sus vidas. Lo que ocurre es que Julia siempre fue un ratón de biblioteca, alguien que ama sobre todo la soledad y el silencio que le proporcionan sus libros, y que precisamente por eso nunca se casó ni nunca pretendió nada más que encerrarse a leer en su casa, el único lugar donde es feliz de verdad.

—Puede que la asustemos, a veces —reconoce Nina, y la memoria la lleva lejos otra vez—. Yo en la boda de Lola y Andresito me desmadré mucho —el recuerdo antiguo le hace sonreír—. ¡Acabé la noche en la cama del *discjockey*! ¡Qué bien tocaba! No me refiero a la música, precisamente.

Nina refuerza sus palabras con una de sus risotadas. Idéntica a las de antaño, pero un poco más amortiguada. Las tres procuran hablar en voz baja, para no molestar. Para no escandalizar con el espectáculo de tres viejas hablando de las juergas que se corrieron tiempo atrás.

—La verdad, Nina, te hacía mucha falta conocer a Adolfo.

—¿Tú crees? —Nina arquea una ceja.

—Sí, sí. Estabas despendolada —afirma Olga, muy segura de lo que dice.

—Y ahora, ¿cómo estoy? ¿Amojamada?

—¡Ahora eres viuda! —Olga se escandaliza, también como antaño.

—Ay, hija, pues precisamente.

Acaban de pasar Lleida-Pirineus cuando la alarma de los teléfonos las avisa de que tienen noticias de Lola.

«No os imagináis lo que me ha costado encontrar un billete. ¡Y me han cobrado cincuenta euros por uno para Demócrito! Y sin asiento, qué morro. Viajará en mi regazo. Ya voy, niñas».

—Qué incómodo, ¿no? —pregunta Olga—. ¿No sería más lógico facturarlo?

Olga parece meditarlo. Se quedan sin nada que decir, sumidas en sus pensamientos. Cuando reciben el siguiente mensaje de Lola acaban de pasar la estación de Zaragoza-Delicias.

«Mi vuelo sale en dos horas. Voy a ponerle el colirio a Demócrito y a comer algo. Cuando lleguéis, preguntad en el hotel si admiten mascotas. Y pasadme la dirección.»

Nina lanza un suspiro de cansancio.

—Así que vamos a compartir nuestra escapada de chicas con un conejo viejo que tienen nombre de filósofo presocrático. ¡Estupendo! ¡Qué buen plan! —y, viendo que en ese momento pasa el carrito del bar móvil, levanta la mano y le dice al azafato:

—¿Tienes whiskey, guapo? Ponme tres.

—¿Son los tres para usted? —pregunta él, asustado.

—No, claro. Para mí y para mis amigas —Nina señala a las otras dos.

Cuando anuncian la llegada a Madrid Puerta de Atocha, las tres están dormidas.

IV. NO SE ADMITEN MASCOTAS

La llegada a Madrid no defraudó expectativas. En Atocha las esperaba un microbús negro y una señorita muy sonriente.

—Bienvenidas, mi nombre es Chelo y soy la encargada de producción del programa —les dijo, entregándoles una carpeta—. Les he traído su agenda para los siguientes dos días. Y ahora las acompañaré al hotel. Seguro que querrán descansar después del viaje.

El hotel era un cinco estrellas céntrico, con *spa*, gimnasio y peluquería. La productora les había reservado cuatro suites con jacuzzi y salón privado en régimen de *full credit*. Pero su alegría se torció en cuanto visitaron el mostrador de recepción y vieron el cartel de *No se admiten mascotas / No pets allowed*.

—¿Y ahora qué hacemos? —máxima expresión de preocupación de Marta—. ¿Y si le pedimos a Chelo que nos cambien de hotel?

—¡Ni hablar! —saltó Nina—. ¡Yo de aquí no me muevo! ¡Pienso ir al *spa* esta misma tarde! Además, ¿habéis visto qué ambientazo? —señaló a la plaza de Santa Ana, a donde daba la puerta principal y todas las habitaciones—. Por el conejo no os preocupéis. Yo lo meto. ¡Anda que no lo he hecho veces con bichos mucho más grandes! ¡Y mucho peores!

—¿Has metido muchas veces conejos en habitaciones de hotel? —preguntó Olga, con el tono más cándido imaginable.

—Eran más bien pájaros, querida.

Por suerte, no le habían hablado de Demócrito a Chelo. Se limitaron a decirle que «por un inconveniente de última hora» su amiga había perdido el tren y se había visto obligada a tomar un avión para llegar esa misma tarde a

Madrid. Después de apuntar todos los datos y de arreglar el envío de un coche que recogiera a Lola en Barajas, la muy eficaz Chelo les recordó su compromiso más inminente:

—Mañana a las diez en punto el microbús las recogerá en el hotel para llevarlas a los estudios, donde pasaremos primero por maquillaje y peluquería y luego grabaremos las entrevistas personalizadas. Si tienen dudas o necesitan cualquier cosa, tienen mi número en la tarjeta que...

—¿Entrevistas? —se alarmó Olga, que no recordaba que todo aquello ya lo habían hablado por teléfono con Chelo—. ¿Sobre qué?

—No se preocupen. Será fácil y más natural de lo que piensan. Se trata de hablar de su relación con la diputada Julia Salas, anécdotas de infancia, recuerdos de juventud... todo lo que vaya saliendo. Además, las entrevistas siempre las editamos. Si no se sienten cómodas, repetimos y ya está. Lo único que deben hacer es no ponerse nerviosas.

Mucho más nerviosas que antes, subieron a las habitaciones y pactaron un tiempo de descanso, hasta las seis en punto. Las suites les gustaron a todas por igual. Cuánto lujo, cuánto detallito, qué bonitas las colchas. ¿Quién dijo que a las personas se las conoce por lo que hacen nada más entrar en la habitación de un buen hotel? Marta se quitó los zapatos y abrió el grifo del jacuzzi. Olga fue a inspeccionar las botellitas del baño: gel, champú, suavizante, crema corporal y colonia, todo muy satisfactorio. Fue en busca de su neceser de viaje, metió en él todos los tarritos y botellitas, lo cerró a pesar de la dificultad y lo guardó de nuevo en la maleta. Solo después comenzó a pensar en quitarse la faja y tumbarse en la cama tan larga cuan era. Nina se entretuvo un buen rato en localizar un canal de la tele donde no dieran noticias, porque el mundo le parecía una lata repetitiva de tonterías que ya no le interesaban. Luego recorrió las cortinas de terciopelo para ver la plaza, con su Teatro Español y su estatua de Lorca en un extremo y las muchas terracitas

—tan animadas— por todas partes. Eran las tres y media de la tarde. El rato que faltaba hasta las seis le parecía insoportable, un auténtico tostón. Nunca había sido capaz de permanecer quieta mucho rato en el mismo sitio. Llamó al *spa* para pedir un masaje, pero no había ninguna hora libre hasta el día siguiente. Decidió que lo mejor para no amuermarse era buscar un plan alternativo.

Lamentó haber hecho el viaje acompañada de viejas, apagó la tele y salió de la habitación, rumbo al ancho mundo.

El mensaje de Lola llegó cuando acababa de instalarse en la terraza de la Coctelería Bustins. «Demócrito y yo vamos en un cochazo camino del hotel. ¿Habéis preguntado si admiten mascotas?».

Contestó Nina porque era la única que estaba despierta. «Querida Lola: os espero a ti y al bicho en una terracita fantástica. Te invito a un whiskey y te cuento el plan.»

V. VETERINARIO DE URGENCIA

Lola llegó descompuesta.

—¡Han llevado a Demócrito a la bodega! ¡No me han dejado elegir! ¡Y yo había pagado su billete! ¡Cincuenta eurazos! ¡Me separaron de él en la escalerilla del avión! ¡Qué vergüenza!

Ninguna de las amigas decía nada porque a todas les parecía más sensato llevar un conejo en la bodega que en el regazo. Hasta que Olga preguntó:

—¿Cómo habéis hecho para colarlo en el hotel?

—¡Ya os dije que era facilísimo! —exclamó Nina—. ¡Ojalá en mis tiempos hubiera podido meter a mis amantes en el bolso!

—Y el transportín lo ha metido en una bolsa de El Corte Inglés. Una de esas gigantes.

—Siempre llevo una —sonrió Nina, triunfal—, por si acaso.

Lola había sacado al conejo y lo había dejado sobre la moqueta mullida de la habitación. El bicho no se movía.

—¿Está muerto? —se angustió Olga.

Lola acercó la mano al lomo del roedor y le zarandeó un poco, lo suficiente para que el bicho diera un paso titubeante.

—Está bien —resopló Lola.

Resolvieron que lo mejor era dejar descansar a Demócrito y salir a dar una vuelta. Lola las siguió a regañadientes. Tomaron patatas bravas y boquerones en un bar de la calle del Prado, hablando cada una de la dieta que les había mandado algún médico —todas diferentes— y regresaron al hotel antes de medianoche. Demócrito dormía, así que decidieron hacer lo mismo. Antes de acostarse, Lola le puso al conejo el colirio para la conjuntivitis y dejó el transportín en su mesita de noche. No quería perderle de vista.

Habían quedado en desayunar a las ocho y media. Lola llegó con malas noticias.

—Sigue durmiendo, chicas. Y tiene la respiración muy pesada. Empiezo a preocuparme.

Después de un breve interrogatorio —«¿respira?», «¿gruñe?», «¿está nervioso?» —Nina sentenció:

—Son animales nocturnos. Digo yo que será normal que duerman por las mañanas, Lola.

—En realidad son animales crepusculares —corrigió Lola—. Están más activos a la salida y a la puesta del sol. A esas horas tienen mucha energía. También comen. Pero Demócrito no ha probado bocado. El heno que le dejé está intacto.

Como no podían dejarlo en el hotel, se lo llevaron en el microbús. El conejo siguió durmiendo durante el viaje y también en las sesiones de maquillaje y peluquería y durante las primeras dos entrevistas, las de Olga y Nina. Pero justo cuando llegaba el turno de las otras dos, que aguardaban muy arregladas en la sala de espera para invitados, comenzó a jadear. Lola le sacó del transportín, alarmada, y descubrió que tenía la boca abierta, la lengua fuera, y que entre jadeo y jadeo, a veces tosía.

—Este bicho está fatal —acertó a decir Nina.

Cuando la azafata del programa abrió la puerta de la sala de espera y les preguntó si podían acompañarla, la versión más angustiada de Lola preguntó:

—¿Conoces algún veterinario por aquí cerca?

Olga y Nina se ofrecieron para llevar a Demócrito a un veterinario —los de producción lo habían encontrado enseguida— mientras Marta y Lola respondían a las preguntas de Chelo.

Para Marta fue fácil responder a la entrevista. Tanto en su etapa de exitosa autora de libros de cocina, como en la del consultorio radiofónico —igualmente exitoso— o en la más reciente de novelista, había pasado ya por eso. Solo que le resultó extraño hablar de Julia. La siempre ausente, distante y en el fondo desconocida Julia Salas, amiga desde una etapa de la vida en que ninguna de ellas era ella misma y con quien mantuvo una breve y superficial amistad epistolar en la edad adulta para recuperarla, como todas, una noche de julio de 1981 que vino cargada de sorpresas. Intenta ser sincera en todo, aunque dulcifica un poco la parte más antigua, la de la niñez.

Lola, en cambio, tiene la cabeza en otra parte. Nunca aprendió a disimular, ni va a hacerlo ahora. No puede dejar de pensar en Demócrito, en el disgusto que se llevaría su hija si. En como hacer para que no. Cuando le preguntan por su infancia contesta que Julia siempre fue diferente. No tenía padre ni madre, solo un hermano tarado —¿ha dicho «tarado»? ¿en serio?— y que las monjas le tenían allí porque hace setenta años esas cosas ocurrían. Las monjas estaban también un poco taradas. Había niñas de primera categoría y niñas de segunda. Nosotras éramos las ricas. Julia era pobre. Tiene mucho mérito que haya progresado tanto, con lo poquita cosa que era.

Cuando Chelo dice «Hemos terminado», Lola se levanta, nerviosa. Mientras le quitan el micro le pregunta a Olga si hay noticias. Olga, observando la pantalla del móvil, niega con la cabeza gravemente mientras frunce los labios.

VI. EN DIRECTO

Los de la productora habían organizado una comida con el equipo del programa –incluido su director y presentador–, y las cuatro invitadas sorpresa. Querían ultimar los detalles de la emisión, que como siempre sería en directo esa misma noche.

Chelo aprovechó para darles algunos consejos:

–Procuren descansar por lo menos un par de horas antes de la hora de recogida. El directo es muy exigente, no van a poder tomarse ni un respiro desde que lleguen a los estudios a las seis de la tarde hasta que finalice la emisión a las once de la noche. Intenten llegar en la mejor forma física posible, por favor.

–¡Ja! –soltó Nina–. Para eso tendrías que habernos invitado hace treinta años, cariño.

–Ojalá pudiera descansar –suspiró Lola– pero tengo que ir a ver a Demócrito.

–Está muy malito, el pobre –añadió Olga.

Como el presentador no sabía de qué hablaban, Chelo le contó la historia del conejo y la gesta de Lola, que a pesar de la dificultad sobrevenida se las había apañado para estar allí.

–No sabía nada –dijo el presentador, con gesto de preocupación–. Y le agradezco el esfuerzo con toda mi alma. Ojalá Demócrito se recupere pronto.

Nada más terminar el almuerzo, Lola tomó un taxi hacia la clínica veterinaria, donde el enfermo seguía grave y sedado.

–Qué pena me da verlo así, pobre animalito –susurró Olga, que por poco deja caer una lagrimita recordando cuando el doctor Pardo estaba en la misma situación, apenas seis años atrás.

La muerte siempre se evoca a sí misma, da lo mismo que sea a través de un dermatólogo de éxito o de un conejo Rex.

Se marcharon después de hablar con el veterinario, que no les dio muchas esperanzas:

—Considerando su edad y el estado en que llegó, la mejor noticia es que se encuentre estable —dijo—. No obstante, queremos tenerle en observación unas horas más.

Lola no tuvo tiempo de descansar. Por fortuna, su hija no daba señales de vida. No hubiera sabido qué decirle si le hubiera preguntado por Demócrito. Aunque lo más probable es que tuviera otras cosas en que pensar.

A las seis en punto el coche estaba en la puerta del hotel, preparado para llevarlas a los estudios donde iban a reencontrarse con Julia, a quien no veían desde hacía... ¿cuántos años? ¿Diez? ¿Doce? Todas habían entrenado la memoria para saberlo. Al principio, después de aquella cena de 1981, se vieron con cierta frecuencia. Una vez cada dos años, tal vez. Media docena de cenas, siempre en el restaurante de Marta, el *Media vida*. Luego perdieron fuelle. La primera en desaparecer, como siempre, fue Julia.

La experiencia de la televisión fue para las cuatro mucho más emocionante de lo que pensaban. A Olga la maquilladora le alabó la tersura de su piel y la altura de sus pómulos, y salió de allí orgullosa de la constancia con que se había aplicado cremas nocturnas los últimos cuarenta y cinco años de su vida. Incluso sin comentarios tan halagüeños, todas se sintieron rejuvenecer un poco frente a los espejos enmarcados de bombillas incandescentes. El plató les pareció mucho más pequeño de lo que parecía por televisión. Los microfonistas les hicieron cosquillas al pasarles cables por debajo de la ropa. Nina dijo una de sus barbaridades:

—Ya lo veis, niñas, a nuestra edad, para que nos toquen el culo tenemos que venir a la tele.

Las instalaron en cuatro sillones de diseño en una zona sombreada, a la espera de su aparición estelar, que llegó precedida de una música como un final de sinfonía de Beethoven. Los focos las iluminaron de repente. Frente a ellas estaba Julia, vestida de negro y con una media melena blanca, lacia y sofisticada, mirándolas sin terminar de creer. El presentador, ufano, exclamó:

—¡Hemos dejado sin palabras a Julia Salas, una de las madres de nuestra democracia! ¡Una de las mujeres que menos ha vacilado en hablar claro de nuestra historia reciente!

Compartieron una tertulia donde los dictados de los guionistas, la escasa naturalidad que permitían las cámaras y los nervios del momento otorgaron a sus palabras un aire de artificiosidad. Julia se emocionó hasta las lágrimas cuando Olga dijo que habían tenido mucha suerte de ser sus compañeras y haber podido aprender de ella. Sirvieron el espectáculo de emoción y fraternidad que el público deseaba. Las altas cuotas de pantalla lo confirmaron al día siguiente.

Solo una llamada del veterinario en el contestador de Lola enturbió tanta felicidad. Lamentaba decirle que, pese a haberlo intentado con denuedo, no habían podido hacer nada. Demócrito había pasado a mejor vida. La acompañaba en el sentimiento y la esperaba por la mañana para arreglar los papeles.

VII. VUELTA A CASA

Después de celebrar con cava el éxito del programa y de tomar un piscofijo mientras Julia se hacía fotos con todos los miembros del equipo, volvieron a despedirse. De hecho, en su amistad habían sido mucho más importantes las despedidas que los reencuentros. Aquella, además, podía ser la última y todas lo sabían.

Julia, envuelta en el hermético personaje que había construido con los años —intelectual, soltera convencida, tertuliana incómoda, militante de causas difíciles...— se retiró a su casa del barrio de Salamanca tras desearles un buen viaje de vuelta. Las cuatro amigas, excitadas aún por el subidón de la tele, aceptaron sin pensar la propuesta de Lola de terminar la noche visitando la capilla ardiente de Demócrito.

—¿Capilla ardiente?

—Bueno, lo que sea. En algún lugar lo tendrán para que nos podamos despedir de él, ¿no?

—Nunca pensé que me despediría de un conejo, Lola, la verdad.

En el fondo, todo aquello era divertido. Demócrito de cuerpo presente parecía un peluche ajado. El veterinario de urgencia, que las había visto en la tele solo un rato antes, no entendía qué hacían allí aquellas abuelitas. Le pidió a Lola que firmara los papeles de la incineración —«¿en serio incineran a los conejos?», preguntó Olga— y le imprimió la factura. La pagaron entre Olga, Marta y Nina, porque con los nervios Lola había olvidado el monedero en el hotel.

Recogieron el transportín vacío y regresaron, mustias como si acabaran de enterrar a un amigo del alma. Frente a sus suites se desearon buenas noches, aunque no todas tenían sueño. Olga se aplicó sus cremas, más convencida que nunca, se metió en la cama y se durmió al instante. Marta leyó un rato. Nina arrambló con media docena de botellines del minibar mientras miraba la teletienda y se preguntaba si debía comprar o no un cortador de verduras en espiral. Lola se puso el pijama de franela, se cepilló el pelo, se desmaquilló y se metió en la cama con el móvil. Se sobresaltó al encontrar un mensaje de su hija. Por suerte, sólo decía: «Qué callado te lo tenías, mamá. ¡Y qué guapa estabas en la tele!».

Por la mañana, el microbús las esperaba a la hora convenida para llevarlas a Atocha. Lola apenas desayunó —la tristeza del transportín vacío y de la noticia por dar le habían quitado el apetito— y compareció compungida en el vestíbulo. Sus tres compañeras, en cambio, habían rejuvenecido unos pocos años después de convertirse en fenómeno televisivo. La camarera del bufé, la encargada de la recepción y hasta el chófer del microbús las felicitaron por su participación en el programa y por lo saladas que habían sido.

—¿Saladas? Querrá decir interesantes —saltó Nina.

El viaje de vuelta fue más ruidoso que el de ida. Siempre ocurría. Necesitan un tiempo para acostumbrarse a la compañía de las demás, como de niñas, en el internado. Comenzaban mirándose con recelo y terminaban por no querer separarse.

Mientras recorrían la península a trescientos kilómetros por hora debatieron sobre la viudedad que las unía. Nina era tantas veces viuda —si contaba los legítimos y los amantes— que prefería ni pensarlo. Olga reconoció

que ser la viuda del doctor Pardo no era tan distinto de ser su mujer. El pobre no era muy divertido, suspiró, resignada. Marta dijo que siempre se sintió viuda del hombre que la convirtió en una pionera del divorcio, a pesar de que la oficial era otra. Y Lola apenas habló, aunque de hacerlo habría aportado a la conversación su doble fatalidad. No encontraron nada que decirse entre Calatayud y Barcelona.

Ya en casa, Lola pasó un par de días pensando en cómo darle la noticia a su hija. Hasta que a media tarde del sábado llamaron al timbre y era un repartidor. Traía un obsequio para ella de parte del conductor del programa. Insistió mucho en que lo abriera de inmediato.

El obsequio traía una tarjeta escrita a mano: «Espero que no extrañen mucho a Demócrito. Con mi reiterado agradecimiento.»

En el interior de la caja había un conejo Rex adulto de color canela. Era como Demócrito recién lavado y planchado.

Un par de semanas más tarde, cuando ya todo estaba en su lugar y nadie se acordaba del programa ni de las amigas de la infancia, Lolita envió un mensaje a su madre:

«Mami, no sé qué le hiciste a Demócrito, pero tendré que dejarle contigo más veces. Tiene una energía increíble. Hasta parece más joven.»

También su hija, bajo el influjo del nuevo amante, volvía a parecer una niña.